



EDUCAR A SER «LIBRES Y RESPONSABLES»

Federico Mayor Zaragoza
Fundación Cultura de Paz

Resumen

El tránsito de una cultura de guerra a una cultura de paz implica un cambio radical de comportamiento y hábitos. ¿Cuál es nuestra fuerza, nuestra única fuerza? La palabra. No es vencer. Es convencer. Es movilizar un clamor popular en torno a unos ideales. Esta es la fuerza genuina de la democracia. La palabra como instrumento del pensamiento, como esencia de la política o símbolo religioso, es raíz y flor de toda cultura. Al final, en todo el proceso, en la base y en la cumbre del mismo, la solicitud amorosa, la fraternidad. El artículo primero de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, termina diciendo que «se relacionarán entre sí fraternalmente». Todos los «actores educativos», desde los progenitores, los maestros, los medios de comunicación, la sociedad en su conjunto, deben contribuir ahora activamente a favorecer «el nuevo comienzo», la «nueva era» que se avecina. Más y mejor democracia. La palabra como instrumento de la transformación del mundo. De la fuerza a la palabra, la inflexión histórica. Somos conscientes de que juntos, podremos, unidas las voces, libres las manos para la ayuda y el abrazo, trabajando sin descanso, esclarecer los horizontes sombríos. La educación, la piedra angular. Democracia genuina, la llave maestra para una vida digna y la invención del mañana. Solidaridad sin límites. Estas son las premisas para el otro mundo posible que anhelamos.

Abstract

The transition from a war culture to a peace culture involves a radical change in behaviour and habits. What is our strength, our only strength? Words. It is not about vanquishing, it is about convincing. It is about mobilising a popular clamour around ideals. It is the true strength of democracy. Words as an instrument of thought, as the essence of politics or religious symbols, are the root and flower of any culture. Ultimately, throughout the process, from base to summit, it is about making requests with love; it is about brotherhood. Article one of the Universal Declaration of Human Rights ends by saying that «human beings...should act towards one another in a spirit of brotherhood» All «educational agents», including parents, teachers, the media and society as a whole must now make an active contribution to promoting «the new beginning» – the «new era» that is coming. More and better democracy. Words as an instrument for changing the world. From the strength of words, a historic turning point. We are aware that together, with united voices and free hands to help and embrace and by working tirelessly, we will be able to brighten the dark horizons. Education is the cornerstone. Genuine democracy is the pass key to a decent life and to the invention of tomorrow. Unlimited solidarity. These are the premises for the other possible world we yearn for.

«La educación consiste en dirigir con sentido la propia vida».

Francisco Giner de los Ríos

1. Aprender a ver

Ser uno mismo es actuar en virtud de las propias reflexiones y nunca al dictado de nadie ni de dogma alguno. Cada ser humano único, igual en dignidad, capaz de pensar, de imaginar, de anticiparse, ¡de crear! Estas facultades distintivas de la especie humana confieren esperanza y confianza a la inverosímil existencia humana.

La libertad es el mayor don: poder, en cada momento, hacer, creer, decidir... sin cortapisas, alas sin adherencias para vuelo alto en el espacio infinito del espíritu.

En Teotihuacán, México, escribí el 23 de septiembre de 1981:

Nada sé, salvo que soy,
salvo que estoy aquí
estremecido.
Salvo que veo, pienso, y tiemblo.
Nada soy, salvo que sé
perplejo y confundido,
que cuando emergió el hombre
–consciencia de la Tierra,
y de la mar
y del viento y de la nube–
el Universo se pobló de luz,
de creadores.
Y sé que puedo rebelarme,
que puedo hacer esto o lo otro,
que puedo iluminar o ensombrecer,
que puedo ascender o sumergirme...

En la Constitución de la UNESCO, escrita en un momento de gran tensión humana, después de la segunda gran guerra, una confrontación bélica caracterizada por la utilización de los más abominables sistemas de exterminio, con genocidio, holocausto... hallamos los grandes puntos de referencia que deben ser propios del proceso educativo.

El primero y fundamental, base conceptual de los Derechos Humanos, es la igual dignidad. «Todos los seres humanos iguales en dignidad», sea cual sea su color de piel, su sexo, su religión, su ideología, su edad... La humanidad debe orientarse, dirigirse, por «principios democráticos»: justicia, libertad y solidaridad «intelectual y moral». Y para ello, para que se participe plenamente y haga realidad un contexto genuinamente democrático –que es el único en el que pueden ejercerse los Derechos Humanos– es imprescindible que los seres humanos sean «libres y responsables» (artículo primero de la Constitución de la UNESCO). En el mismo artículo se habla de la necesidad de garantizar la libertad de expresión, del irrestricto fluir de las ideas «por la palabra y por la imagen».

Estos tienen que ser los referentes que se utilicen para diseñar en cada momento, en cada circunstancia, en cada persona, la educación adecuada y no, desde luego, una ideología determinada.

En 1992, siendo director general de la UNESCO, encomendé al presidente de la Comisión Europea, a la sazón Jacques Delors, la presidencia de una comisión mundial de pedagogos, docentes de los distintos grados, filósofos, sociólogos, etc. para elaborar un *Informe sobre la educación en el siglo XXI*. En resumen, se proponen cuatro grandes pilares de la educación: *aprender a ser, aprender a conocer, aprender a hacer, aprender a vivir juntos*.

A estos aprendizajes esenciales añadí *aprender a emprender*, porque por propia experiencia sabía que tan importante como atreverse a saber (*sapere aude*) es saber atreverse. Me gusta repetir que el riesgo sin conocimiento es peligroso pero el conocimiento sin riesgo es inútil.

La educación no es capacitación. La educación es fomentar la creatividad, es «ver lo que otros también ven y pensar lo que nadie ha pensado», es saber observar, es saber indagar, es saber descubrir, es saber describir, saber escribir...

2. Ciudadanía mundial

Estamos viviendo momentos fascinantes porque ahora, por primera vez en la historia, es posible conocer el mundo en su conjunto. Desde el origen de los tiempos los seres humanos han estado confinados territorial e intelectualmente en espacios muy reducidos. Nacían, vivían y morían en unos escasos kilómetros cuadrados. Moradores de la tierra invisibles, anónimos, atemorizados, espectadores impasibles... sometidos al poder absoluto masculino... Desde hace tan solo unas décadas, la humanidad emancipada posee conciencia global, la mujer se halla progresivamente en el estrado, los medios de comunicación permiten que sean miles de millones las personas que pueden manifestar sus puntos de vista. El tiempo del silencio ha concluido.

Ahora, de pronto, ciudadanía mundial; ahora se puede comparar: apreciar mejor lo que se tiene y conocer las precariedades ajenas.

Pero lo más relevante, desde todos los puntos de vista, como elemento esencial y piedra angular de los cambios radicales que se avecinan, la «ciudadanía plena» de la mujer, que interviene con las cualidades que son inherentes a su condición y no de forma mimética con el «estilo varonil», al que lógicamente imitaba puesto que no había otra referencia ni antecedente.

En la Cumbre de Pekín celebrada en 1995 sobre «Mujer y Desarrollo», leí un poema del que extraigo los siguientes versos:

Mujer,
traías una canción
nueva
en los labios.
Pero no te dimos
la palabra
aunque eres
la voz
de la mitad de la Tierra [...].

Mujer,
tus ojos
veían el mundo
de otro modo.

Pero no quisimos
conocer el contenido
ni el calor
de tu mirada...

Mujer,
sin otro dueño
de cada uno
que sí mismo,
irás
desde ahora
igual y libre,
compañera
de un mismo sueño
ya para siempre
compartido.

En castellano y catalán el plural de *yo* es *nosotros*. Es fundamental tener sentido de la comunidad. Gracias a las tecnologías actuales ahora ya podemos ser permanentes cooperadores, ya podemos «vivir y luchar juntos» en favor de nuestros más altos objetivos... o ser cómplices. Y a todos nos concierne. Siete mil millones de seres humanos comparten nuestro destino. «Ayudar a mirar» –como en el precioso verso de Eduardo Galeano– constituye la gran labor de padres, maestros, medios de comunicación... Ayudar a todos los ciudadanos –especialmente a los jóvenes– a observar y reflexionar sobre el conjunto de la Tierra y quienes la habitan.

Ayudarnos mutuamente a ser ciudadanos del mundo, con respuestas propias, no prestadas ni impuestas, para vivir en un contexto democrático, de participación, de representación genuina, de anticipación. Contexto democrático con iguales oportunidades de acceso a la educación, a la salud, a la vivienda, a la expresión artística, al ejercicio deportivo... ¡Dueños de sí mismos! No se puede ser responsable si solo se observa una parte del escenario, si hay parcialidad de pensamiento y de acción. Permanecer a la escucha de los jóvenes y procurar que ellos, a su vez, permanezcan a la escucha. Es así como, poco a poco, la palabra sustituirá a la espada, la voz a la fuerza y la imposición.

Ver «los invisibles». La educación a lo largo de toda la vida, como fuerza emancipadora, liberadora, como forjadora de un comportamiento «personal», decidido con total autonomía por cada persona. El presidente Nelson Mandela insistía en que el mayor compromiso de cada generación es tener en cuenta la siguiente. Esta responsabilidad intergeneracional debe guiar el comportamiento cotidiano. Es preciso conocer la realidad en profundidad, en su conjunto, ya que de otro modo los cambios serían epidérmicos, superficiales. Es preciso darse cuenta de que una información, una noticia, es por su propia naturaleza algo insólito, atípico, extraordinario. Si solo nos dejamos impresionar por las noticias, por los limitados espacios del conjunto que iluminan los potentes focos de los medios de comunicación, dejaremos de conocer, cuantitativa y cualitativamente, la verdad para solo retener lo aparente.

Educación que nos permita ver los invisibles. He repetido, porque considero que es muy importante tenerlas en cuenta, las palabras de Bernard Lawn al recibir el Premio Nobel de la Paz en 1985: «Solo en la medida en que seamos capaces de ver los invisibles seremos capaces de hacer los imposibles». Imposibles hoy, posibles mañana gracias a la mayor «presencia» de todos los seres humanos. Educación para no ser espectadores sino actores, no súbditos resignados sino ciudadanos participativos capaces de construir una democracia genuina a escala local y global (Naciones Unidas), guiada por valores universales, capaces de convivir y compartir: esta es la gran urgencia para facilitar la transición desde una cultura de imposición y fuerza a una cultura de comprensión, dialogo y paz. Desarrollo integral (social y económico), endógeno (adquisición, habilidades y destrezas técnicas), sostenible (respetuoso con la naturaleza) y, sobre todo, humano, es decir que favorezca la igual dignidad de todos. Este desarrollo a escala global requiere ser orientado por bases éticas y solidarias de cooperación internacional muy distintas de las de la economía de mercado.

3. Prevención, la mayor victoria

Debemos adoptar permanentemente la actitud de vigías, de avizorar para alertar a tiempo, para prevenir en toda la medida de lo posible los acontecimientos luctuosos, los que más negativamente afectan la dignidad humana. Esta capacidad prospectiva constituye, en mi opinión, una de las grandes funciones que hoy, en los albores de siglo y de milenio, deben cumplir los centros de enseñanza superior y de investigación científica.

Aunque les cueste reconocerlo quienes se hallan aferrados a sus privilegios y son incapaces de vencer la inercia —el gran enemigo del progreso— nos hallamos en el inicio de una nueva era. En pocos años hemos pasado de un contexto prioritariamente natural, a uno artificial y, recientemente, al digital. Es en cada uno de ellos donde debemos ahora situar los iluminados caminos del mañana. Porque, en la armonía de los tres, cada persona podrá, al fin, vivir dignamente. Contamos ya con la mayoría de los diagnósticos correctamente realizados. Los tratamientos, muchos de los cuales ya conocemos, no deben aplazarse. Es una cuestión de voluntad política. De conciencia planetaria. De presión popular. El pasado ya está escrito. El futuro, no. Las generaciones que llegan a un paso de la nuestra no pueden hallar la casa común «desvencijada y fría». Es tiempo de acción. Inventar el futuro. Cultura de paz y no violencia.

4. Tiempo de inventar el futuro

El porvenir está por hacer. Y debemos hacerlo entre todos. «Tot está per fer i tot es possible. Pero... ¿qui, sino tots?», proclamó Miquel Martí i Pol. Todos plantando semillas en surcos labrados aún en tiempo hosco. Pero si hay semillas, habrá fruto. «Ningún reto se sitúa más allá de la capacidad creadora de la especie humana», proclamó el presidente John Kennedy en 1963, aupando a la humanidad, personal y colectivamente, a la autoestima, al reconocimiento

de lo que son estas facultades desmesuradas, incardinadas en estructuras biológicas temporales y putrescibles, las que le proporcionan la inverosímil propiedad de prever y prevenir, de imaginar inéditos caminos.

Si no hay evolución hay involución y, como consecuencia, se corre el riesgo de la revolución. La diferencia entre evolución y revolución es una «r». La «r» de responsabilidad. Libres y responsables. No cabe duda de que esta es la definición más acertada de educación. La Educación para la Paz, los derechos humanos, la tolerancia, la justicia... han tenido en los últimos 30 años un importante desarrollo teórico y práctico, tanto en centros docentes de distintos niveles de aprendizaje, por medios formales y no formales, como en instituciones multilaterales y en organismos internacionales. Existen numerosos materiales didácticos y estudios teóricos y varios países han incorporado la Educación para la Paz en sus programas educativos.

Asimismo, han tenido lugar importantes reuniones mundiales cuyos resultados han servido para señalar las principales tendencias y sugerir planes de acción: Montreal y Viena, 1963; La Haya (su excelente llamamiento se concentra en buena medida en la Educación para la Paz), 1997; la Declaración y Programa de Acción para una Cultura de Paz, unánimemente aprobados por la Asamblea General de las Naciones Unidas en el mes de septiembre de 1999. Después, en el año 2000, Año Internacional para una Cultura de Paz, habiéndose declarado el Decenio 2001-2010 «de una Cultura de Paz y no Violencia para los Niños del Mundo» por parte de las Naciones Unidas (Asamblea General de diciembre de 1998), se han incrementado notablemente las iniciativas de la sociedad civil y se ha mejorado el cuerpo teórico-práctico para promover la voluntad política en favor de la educación en valores y del respeto y ejercicio de los derechos humanos, formando actitudes y comportamientos acordes con la dignidad de todos los seres humanos.

Quiero mencionar en este punto la extraordinaria importancia que reviste la aparición, coincidiendo con el principio de siglo y de milenio, de la *Carta de la Tierra*. Comienza así:

«Estamos en un momento crítico de la historia de la Tierra, en el cual la humanidad debe elegir su futuro. A medida que el mundo se vuelve cada más interdependiente y frágil, el futuro depara, a la vez, grandes riesgos y grandes progresos. Para seguir adelante, tenemos que reconocer que en medio de la magnífica diversidad de culturas y formas de vida, somos una sola familia humana y una sola comunidad terrestre con un destino común. Debemos unirnos para crear una sociedad global sostenible fundada en el respeto hacia la naturaleza, los derechos humanos universales, la justicia económica y una cultura de paz».

En torno a este fin, es imperativo que nosotros, los pueblos de la Tierra, declaremos nuestra responsabilidad unos hacia otros, hacia la gran comunidad de la vida y hacia las generaciones futuras. Y después de adoptar en sus diversos capítulos el respeto y cuidado de la comunidad de «la vida», «la integridad ecológica», «la justicia social y económica», «la democracia, no violencia y paz», concluye con el titulado «Camino hacia adelante»:

«Como nunca antes en la historia, el destino común nos hace un llamamiento para buscar un nuevo comienzo. Para cumplir esa promesa debemos comprometernos a adoptar y promover los valores y objetivos en ella expuestos. El proceso requerirá cambios de mentalidad y de corazón y requiere también un nuevo sentido de interdependencia global y responsabilidad universal».

Por primera vez en la historia, el ser humano se encuentra en condiciones que le obligan a inventar nuevas fórmulas de convivencia si quiere sobrevivir como especie. Esta modificación global de las condiciones de vida nos ofrece nuevas posibilidades, y, al mismo tiempo, nos obliga a afrontar dificultades hasta ahora desconocidas. Los problemas que afectan en la actualidad a una parte de la humanidad amenazan con trastornar en breve plazo a todo el planeta. Por el desarrollo científico, pero también con su aplicación a la destrucción masiva, hoy más que nunca, el porvenir de cada ser humano –cualesquiera sean su raza, cultura o religión– está estrechamente vinculado al de todos sus semejantes.

5. Educación para la Paz

La Educación para la Paz es un campo específico pero forma parte del desafío educativo propio de una «aldea global» asimétrica, cuyas disparidades en lugar de reducirse se están ampliando. Millones de niños y jóvenes no acceden a los niveles mínimos de aprendizaje en muchos países del mundo. A la vez, la educación sufre un serio desgaste en los países prósperos, debido a diversas causas, entre otras, la trivialización de los principios éticos, las transferencias de responsabilidades familiares a las escuelas, la cultura de la imagen y la exaltación de la violencia en múltiples formas. Asimismo, hay un predominio de la educación técnica sobre la formación humanística.

En el artículo cuarto de la Declaración y Programa de Acción sobre una Cultura de Paz, se establece:

«La educación a todos los niveles es uno de los medios fundamentales para edificar una cultura de paz. En este contexto es de particular importancia la educación en la esfera de los derechos humanos».

Relativo a las medidas para promover una cultura de paz por medio de la educación se establece:

«a) revitalizar las actividades nacionales y la cooperación internacional destinados a promover los objetivos de la educación para todos con miras a lograr el desarrollo humano, social y económico y promover una cultura de paz; b) velar porque los niños, desde la primera infancia, reciban instrucción sobre valores, actitudes, comportamientos y estilos de vida que les permitan resolver conflictos por medios pacíficos y en un espíritu de respeto por la dignidad humana y de tolerancia y de no discriminación; c) hacer que los niños participen en actividades en que se les inculquen los valores y los objetivos de una cultura de paz; d) velar porque haya igualdad de acceso de las mujeres, especialmente, de las niñas, a la educación...».

Por último, es importante recordar aquí uno de los «considerandos» de la Convención sobre los Derechos del Niño:

«Considerando que el niño debe estar plenamente preparado para una vida independiente en sociedad y ser educado en el espíritu de los ideales proclamados en la Carta de las Naciones Unidas y, en particular, en un espíritu de paz, dignidad, tolerancia, libertad, igualdad y solidaridad».

En la misma Convención se establecen las medidas especiales, relativamente en particular a la personalización educativa que deben aplicarse a aquellos niños que, por presentar alguna deficiencia física o mental, pasajera o irreversible, necesiten cuidados selectivos.

Es en la educación, en la justicia, en la sanidad, en el conocimiento... donde deben aplicarse buena parte de los inmensos fondos que hoy se dedican para asegurar la hegemonía de unos pocos.

Con frecuencia, la diferencia se ha utilizado como un argumento que justifica la dominación de unos sobre otros en razón de la raza, el sexo, la lengua, la cultura. La Educación para la Paz debe enseñar no solo los beneficios de la concordia y del entendimiento sino a desaprender la violencia, a desprogramar conductas de predominio e intolerancia. En la violencia social-urbana, la cultura y la identidad suelen con frecuencia utilizarse como afirmación frente a los inmigrantes y refugiados.

Es muy importante, en relación a los derechos humanos, en sus distintas «generaciones», que se acepte, como principio universal, que los derechos humanos no se otorgan, se reconocen. Son inherentes a la especie humana. Y, como tan lúcidamente, se establece en el primer párrafo del Preámbulo de la Declaración de 1948, su ejercicio permitirá «liberar a la humanidad del miedo». La humanidad atemorizada, distraída, sobreviviendo en lugar de viviendo en plenitud. La historia de la humanidad es la historia del silencio, de la sumisión, de la guerra. La seguridad siempre ha prevalecido sobre la paz. En la actualidad, miles de millones se destinan diariamente para la seguridad del «barrio próspero» de la Tierra que no alberga a más del 20 % de sus habitantes. El resto, el 80 %, en un gradiente progresivo de precariedades, sobrevive o muere. Mientras se tolere que cada día se inviertan más de 3.000 millones de dólares en gastos militares al tiempo que mueren de hambre más de 50.000 personas, la mayoría de ellos niños y niñas de 1 a 5 años de edad, no será posible descansar, ni un instante, en la tarea progresivamente generalizada de contrarrestar estos horribles «efectos colaterales» del actual sistema para establecer, como corresponde a las inmensas posibilidades que se ofrecen al iniciarse la nueva era y a una especie capaz de crear y diseñar nuevas fórmulas de convivencia, reflejadas en la igual dignidad, iguales oportunidades en el futuro que soñamos.

«Tengo un sueño», exclamó Martin Luther King en el Mall de Washington. A su lado, Rosa Parks, que había desencadenado, con su gesto de disentimiento para acatar las exigencias segregacionistas del estado de Alabama, un movimiento que ya no podía detenerse. Lo mismo tenemos que hacer hoy con un gran clamor, un clamor de miles de millones de seres humanos

que se oponen a que sean solo unos cuantos privilegiados quienes, desde sus torres de marfil, pretenden tener en sus manos las riendas del destino común.

La historia debe proyectar sus lecciones nítidamente para ir reduciendo tantas desigualdades. Hoy, por fin, contamos con el poder ciudadano. El poder ciudadano para expresarse pacífica pero firmemente; para participar haciendo genuina la democracia; para convertir a los ciudadanos de espectadores impassibles en actores, de súbditos inadvertidos en protagonistas.

Grandes clamores populares de voces y manos unidas. Manos ya para siempre tendidas y nunca más alzadas y armadas. Manos y voces de concordia que, sin violencia pero con firmeza, proclamarán que el tiempo de la sumisión ha terminado. Ha llegado el momento de la gran transición de súbditos a ciudadanos, de la inflexión histórica de la fuerza a la palabra.

El gran clamor popular en favor de la equidad de género, en favor de una economía basada en el conocimiento para un desarrollo global humano y sostenible. Un gran clamor para los derechos humanos, incluidos en primer término los derechos de la infancia, que el Partido Republicano de los Estados Unidos no suscribió en 1989 y sigue –¡qué vergüenza!– todavía sin adherirse ellos porque, con toda seguridad, no son los derechos humanos ni el contexto de un marco genuinamente democrático en el que podrían ejercerse plenamente, los puntos que figuran en la agenda de los grupos plutocráticos a los que los neoliberales confiaron la gobernación global al tiempo que se la arrebataban a las Naciones Unidas.

En 1945, el diseño de Roosevelt quería tener en cuenta a toda la humanidad. Así comienza la Carta: «Nosotros, los pueblos...». Pero pronto las ambiciones hegemónicas sustituyeron a los representantes de la sociedad civil y fueron solo los Estados –algunos de ellos con veto– los que representaron al conjunto de los habitantes de la Tierra. No era el «guión» que los Roosevelt anhelaron pero, al menos, estaban todos. En los años 80, sustituyeron el multilateralismo por la oligarquía. El desvarío del presidente Reagan y la primera ministra Thatcher culminó cuando se sustituyeron los valores éticos por las pautas mercantiles y las Naciones Unidas por el G-6, G-7 o G-8...

En el artículo 26 de la Declaración de los Derechos Humanos se establece que:

«La educación tendrá por objeto el pleno desarrollo de la personalidad humana y el fortalecimiento del respeto a los derechos humanos y a las libertades fundamentales; favorecerá la comprensión, la tolerancia y la amistad entre todas las naciones y todos los grupos étnicos o religiosos, y promoverá el desarrollo de las actividades de las Naciones Unidas para el mantenimiento de la paz».

¿Quién pretende un proyecto educativo más adecuado? Esta educación para la libertad y la responsabilidad debe darse de forma universal en todos los grados, en primaria y segunda enseñanza, pero de manera especial en la educación «superior», en la que estos grandes objetivos se consolidan, integrándose en el comportamiento diario.

Esto es lo que hay que notificar a todos. Esta visión de la educación es la que tiene que alcanzar a todos los rincones de la Tierra para que todos los seres humanos conozcan el in-

apreciable valor de la existencia. Creo que es especialmente oportuno reproducir aquí el inicio del «Plan mundial de acción para la educación en derechos humanos y democracia», que se celebró en Montreal, Canadá, en 1993:

«Este Plan se dirige a: las personas, las familias, los grupos y comunidades, los educadores, las instituciones docentes y sus consejos de administración, a los estudiantes, a los jóvenes, a los medios de comunicación, a los empresarios y uniones de trabajadores, a los movimientos populares, a los partidos políticos, a los parlamentarios, a las organizaciones nacionales e internacionales...».

Lo que acarrea hoy tanto malestar, tanta desafección, tanta perplejidad es, precisamente, no conocer estos grandes puntos de referencia para la definición de los rumbos individuales y comunitarios.

Cuando ya es posible conocer la realidad y «ver al mundo» en tiempo real. Cuando ya podemos manifestar nuestros puntos de vista sin cortapisas; cuando la equidad de género ha mejorado y sigue progresando... no podemos seguir utilizando una metodología educativa pretérita. Debemos poner todos los aspectos positivos del conocimiento actual y de sus aplicaciones al servicio de la especie humana, de su igual dignidad. Es indispensable reconocer la infinita diversidad del alumnado. Cada ser humano único. La enseñanza personalizada, el fomento del aprendizaje artístico para el adecuado desarrollo de la creatividad; la filosofía, el impulso de las capacidades exclusivas de los seres humanos...

6. Responsabilidad intergeneracional

El alcance global del sistema económico actual, basado en la explotación en lugar de la cooperación, en la especulación, en la deslocalización productiva y en la seguridad a los más poderosos, no podrá seguir mucho tiempo precisamente porque, al mismo tiempo que promueve mecanismos de uniformización y distracción popular, pone en manos de todos los ciudadanos las herramientas que eran necesarias para su emancipación. Por primera vez en la historia, el ser humano se halla en condiciones de inventar nuevas fórmulas de convivencia para progresar como especie. Esta modificación global de las condiciones de vida nos ofrece nuevas posibilidades, y, al mismo tiempo, nos obliga a afrontar dificultades hasta ahora desconocidas. Los problemas que afectan en la actualidad a una parte mayoritaria de la humanidad amenazan con transformar en breve plazo a todo el planeta. Con el desarrollo científico, pero también con su aplicación potencial a la destrucción masiva, hoy más que nunca, el porvenir de cada ser humano –cualesquiera sea su raza, cultura o religión– está vinculado al de todos sus semejantes. La ignorancia y la pobreza extrema, el fanatismo racial, religioso o ideológico, la intolerancia y el desdén hacia el prójimo, la opresión y la injusticia son fuente de violencia. Son estas las situaciones humanas que conducen a la marginación, la indiferencia, el rencor y la animadversión. Para atajar los conflictos en sus inicios, es menester identificar estas raíces

profundas y actuales a tiempo, con lucidez y osadía. La anticipación y la prevención que de ella puede resultar constituyen la única victoria que está a la altura de las facultades propias de la condición humana. Se está relegando actualmente –y es preciso, aquí también, un gran clamor popular que reconduzca esta inadmisibile deriva– ocuparse de la habitabilidad del planeta, cuando se deterioran las condiciones ecológicas, la calidad del aire, de la tierra y del agua. Las emisiones de anhídrido carbónico exceden de las que sería prudente y la capacidad de recaptura, sobre todo por los océanos, está disminuyendo porque, llevados por una codicia sin límites, los grandes transportadores de petróleo vacían los residuos de sus tanques en alta mar en lugar de acudir a las instalaciones portuarias oportunas. La asfixia del fitoplancton representa la «patología», éticamente inadmisibile, del que, en realidad, es el gran «pulmón» del planeta. Responsabilidad intergeneracional. Cuidado del medio ambiente. Transición desde la bárbara economía actual a una economía en que las comunidades científica, intelectual, artística, filosófica... aseguren, a través del papel que les corresponde que no se afectan las condiciones de vida digna para los jóvenes, los neonatos, los que llegarán próximamente a la Tierra, en esta aventura fantástica que representa la vida humana.

Recuerdo cuando Jacques Yves Cousteau fue a verme a la UNESCO para, con profunda preocupación, decirme que durante años había cantado la belleza al mar y que ahora se veía en la obligación de hacer sonar las alarmas más acuciantes porque se estaba deteriorando la calidad de los océanos, que ocupan más del 70 % del planeta Tierra.

7. ¡Otro mundo es posible!

¡Otro mundo que nos permita asegurar que podemos ofrecer, intacto, el futuro a nuestros descendientes para que puedan escribirlo a su modo! El pasado ya está escrito y solo puede describirse. Debe describirse fidedignamente. El presente es irremediable, pero el futuro es nuestra responsabilidad suprema.

Que nadie guarde ya silencio. Que nadie diga que no puede hacer nada o que no hay nada que hacer. Todo grano de arena cuenta en la construcción de la paz, en la elaboración comprometida y tenaz del horizonte menos sombrío que tenemos el deber de ofrecer a nuestros hijos.

La gran «asignatura pendiente» es compartir. No hemos sabido –ni por sentimientos de solidaridad ni por miedo a un futuro turbulento– evitar las asimetrías económicas y sociales que se han ido ampliando en lugar de reducirse y que han sido y son caldo de cultivo de los grandes flujos emigratorios de personas desesperadas, frustradas porque los países más prósperos no han cumplido sus promesas y han alzado su mano en lugar de tenderla. Vivir-sobrevivir en condiciones que llegan a ser realmente inhumanas puede conducir al rencor, al uso de la violencia.

Es tiempo de acción. De establecer unas prioridades que, bajo las amplias alas de unas Naciones Unidas refundadas –en que el 50 % de la Asamblea General esté compuesto de representaciones de la sociedad civil y al actual Consejo de Seguridad se sume un Consejo

Socioeconómico y otro Medioambiental– puedan establecerse las prioridades mundiales que permitan, en un contexto genuinamente democrático, una vida digna a todos los seres humanos. Estas prioridades son, a grandes rasgos: alimentación; acceso al agua potable; servicios de salud; cuidado del medioambiente; educación para todos a lo largo de toda la vida; paz.

Sí, es tiempo de acción. Prudencia, sí, pero sin que se resienta la oportunidad, especialmente en cuestiones potencialmente irreversibles. De la fuerza a la palabra.

Está claro que no es posible pagar simultáneamente el precio de la guerra y el precio de la paz. Si deseamos construir una sociedad más justa y más pacífica, hemos de lograr que al menos una parte de los recursos que ahora se despilfarran para la destrucción y muerte, se destinen a la previsión y al desarrollo. La violencia ha fracasado. El autoritarismo ha mostrado la cara amarga de la derrota, junto a la de la muerte. Forjar una cultura de paz en la cual el comportamiento refleje los valores cívicos de tolerancia y amor al prójimo, pasa pues por un incremento sustancial de los recursos destinados a la educación. Solo así podremos transmitir los valores, orientar las actitudes y elaborar los dispositivos jurídicos capaces de sustituir a los obsoletos andamiajes de la cultura bélica, que todavía se mantienen en pie, a veces por rutina, a veces por cobardía.

El tránsito de una cultura de guerra a una cultura de paz implica un cambio radical de comportamiento y hábitos. ¿Cuál es nuestra fuerza, nuestra única fuerza? La palabra. No es vencer. Es convencer. Es movilizar un clamor popular en torno a unos ideales. Esta es la fuerza genuina de la democracia. La palabra como instrumento del pensamiento, como esencia de la política o símbolo religioso, es raíz y flor de toda cultura. Al final, en todo el proceso, en la base y en la cumbre del mismo, la solicitud amorosa, la fraternidad. El artículo primero de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, termina diciendo que «se relacionarán entre sí fraternalmente». Todos los «actores educativos», desde los progenitores, los maestros, los medios de comunicación, la sociedad en su conjunto, deben contribuir ahora activamente a favorecer «el nuevo comienzo», la «nueva era» que se avecina.

Más y mejor democracia. La palabra como instrumento de la transformación del mundo. De la fuerza a la palabra, la inflexión histórica. Se ciernen sobre nosotros amenazas sobrecoedoras. Pero somos conscientes de que juntos, podremos, unidas las voces, libres las manos para la ayuda y el abrazo, trabajando sin descanso, esclarecer los horizontes sombríos. Y que se cumpla la esperanzada profecía de Rigoberta Menchú: «Vendrá el amanecer. Brillará mucha luz en nuestros caminos».

La educación, la piedra angular. Democracia genuina, la llave maestra para una vida digna y la invención del mañana. Solidaridad sin límites. Estas son las premisas para el otro mundo posible que anhelamos, tan bien reflejado en los versos de Juan Bosco: «Afuera [...] / aguarda un aire nuevo, / un viento de clamores y ojos invisibles. / Es la estación del amor».